

Dubet y el trabajo sobre los demás

(primera parte)

Maestros

Deleuze describió la emergencia de las sociedades de control. Bauman, el imperio de lo líquido. Giddens, el ocaso de la sociedad tradicional. Sennett, la corrosión poscapitalista. Ehrenberg, el triunfo del individuo soberano y la fatiga de ser uno mismo. Juntos forman uno de los seleccionados de pensadores que estudian transformaciones. Hay otros. A todos los une una advertencia: a llorar a otra parte. Las mudanzas no son el abismo; no para los estudiosos que encuentran allí el potaje revitalizante del pensamiento.

Dubet sigue esa saga. Afirma que vivimos en una sociedad postinstitucional y procede a estudiar las consecuencias. Lo que hace es una *sociología de la socialización*. Le interesa estudiar los modos en que las sociedades fabrican individuos en el marco de actividades profesionalizadas, es decir, le interesa el resultado del trabajo sobre los otros. Dice que este tipo de trabajo no para de crecer.

Promete concentrarse en tres verbos: formar, cuidar y ayudar. La sospecha que tiene en mente consiste en que se han transformado totalmente los modos de socialización. El software de la máquina de fabricar semejantes, el espíritu que ha hecho de nosotros lo que somos, y el programa institucional, agonizan. El programa institucional es una suerte de guión práctico de nuestras propias vidas. Lo define como un proceso social creador de principios y valores que con la mediación del trabajo profesional produce sujetos. El descubrimiento consiste en que los guionistas de la vida misma se han vuelto inocuos, las identidades son “invenciones” y no el resultado de lo que hemos conseguido hacer con lo que nos ha sido dado, transmitido o enseñado. Como si los sujetos precedieran a la socialización.

En la pesquisa que desarrolla, la escuela es un tipo de trabajo sobre los otros que fabrica ejemplares Sapiens. Pero la escuela no es una máquina de someter. Esa idea (que forma parte de lo que llama “*vulgata antinstitucional*”) es inofensiva. Porque no es la institución la que titubea sino el conjunto clásico de operaciones sobre los cuerpos y almas, esas fuerzas prácticas instituyentes, que aseguraban el funcionamiento de una ecuación: si me dices cómo, dónde y con quién te has socializado, te diré quién eres.

Una sociología de la socialización no puede no ser de interés para nuestro trabajo.

Voy a tomar sólo dos cuestiones del mamotreto (tiene 477 páginas), aquellas que conciernen a los maestros y los profesores.

Maestros

a- *La escuela*

Dubet sigue el curso de la genial historia de la educación de Durkheim. Dice que hará un retrato sociológico de la escuela. ¿Los ingredientes?

Primero, el enemigo. La escuela salió a disputar el control de las mentes con la iglesia, especialmente en su afán de instalar universalismos. La consigna hubo de ser: menos dioses y más ciudadanos. Para ser más exactos, no menos dioses sino otros: Progreso, República, Nación y la diosa entre las diosas, la Razón.

Segundo, el templo se volvió laico, como laicos se volvieron los responsables de hacerlo funcionar. Dubet dice (por fin) algo que todos estábamos esperando: la escuela era progresista pero conservadora. ¿Dónde está el gran descubrimiento? Dice que en “esa” escuela *no entraba la sociedad y los niños eran, antes que niños, alumnos, presos full time...* Lo sabemos: rituales, disciplinas, castigos, etc.

Tercero, el éxito de la cuarentena escolar radicaba en su *forma, el valor formativo y socializante de la forma*, y no en la larga lista de opresiones que los foucaultianos cándidos aman enumerar y criticar mientras escupen con inusitada frecuencia las palabras poder y saber. No es por el lado de la opresión que accedemos a la clave de la corta vida y agonía de la escuela. Probablemente, sea por ese pasaje crucial, el que va del alumno al niño, y que veremos enseguida. Basta decir que a ningún ejemplar del santuario se le hubiera ocurrido decir que hacía lo que hacía porque amaba a los niños. (¿Hace falta decir que amar a un alumno y amar a un niño no es la misma cosa?). De todos modos Dubet no hace anuncios rimbombantes. Cuando creemos que está por afirmar una dirección visible, duda, se detiene y matiza.

b- *De la vocación a la motivación*

Dubet dice que las sociedades actuales menosprecian la idea de vocación porque se asocia a la madre Teresa y sus clones. Los comprometidos totales cometen el mayor de los pecados epocales: se olvidan de sí mismos. La vocación choca con la profesionalización y se ahoga, pero no naufraga sino que muta. Ocurre que el dominio de sí (faltante en las formas del compromiso ciego) y la reflexividad, pueden ridiculizar al que dice hacer lo que hace porque ama a los niños, a los enfermos, a los débiles del mundo. Sin embargo, afirma que los criterios de reclutamiento de “cuidadores de otros” siguen priorizando la virtud o el “estar hecho para”, sobre la fiesta de competencias. En los comprometidos full time hay algo mucho más poderoso y universal que el know how. Ese algo es la autoridad, es decir, aquello que en el trabajo es “irreductible a una técnica”.

La vocación se ha vuelto menos heroica y más protestante. Existe una “vocación profana” que asoma su nariz fuera de los templos y produce efectos

múltiples. La realización del yo desplaza la entrega a una causa superior. Dubet distingue dos vías regias para apoderarse del componente vocacional, que ejemplifica con los candidatos a la docencia. En las alturas, el clásico sacrificio y la disolución en valores trascendentes, y al ras de la tierra, los rasgos de la personalidad transformados en valores inmanentes. En el sacudón hay algo que no se pierde: la salvación, que ya en la calles, vira en altruismo. Estamos en presencia de una nueva versión de la vocación.

La pregunta que localiza esta nueva versión es la siguiente: ¿Te sentís realizado? Un docente ya no se sacrifica, se realiza. Enseñar es un *oficio que "llena" por que no abandona a su practicante una vez que dejó a sus espaldas la puerta de la escuela* (146). La tarea lo mantiene motivado. La vocación se transforma en *motivación*. Como recuerda Todorov (en *"La vida en común"*), una de las maneras más eficaces de sobrevivir en un campo de concentración consistía en dedicarse plenamente al cuidado de otro. La realización es la del yo, la que proporciona el hecho de ser alguien en la vida. Pero además, lo soy, haciendo algo para lo que estoy hecho. Ahora, ¿cómo sé qué estoy hecho para? No es el llamado divino sino la voz de la psicología y su abanico descriptivo de "disposiciones profundas". Cito: "No alcanza con saber leer para ser docente, con saber dar inyecciones para ser enfermera, con practicar la compasión para ser trabajador social, con conocer el derecho para ser un buen juez; hace falta adorar a los niños, compadecer el dolor de los enfermos sin hundirse, comprender a la gente sin cargar con toda la desgracia del mundo, aplicar la ley y comprender a los individuos y a la comedia humana..." (42).

Dice Dubet que el educador ya no es un funcionario de lo universal sino un adaptador profesional, animador, prestador de servicios, experto en lo relacional. El indicador de la eficacia de su trabajo es su propio desempeño. Ya no hay "otros" con los que se pueda trabajar. Hay usuarios y clientes.

c- *Docentes ¿Ya no sos mi Margarita?*

Dubet formula dos hipótesis emergentes que se destacan sobre el conjunto y que deberíamos amplificar, especialmente, para poder conversar con nuestros amigos gremialistas. Por un lado, el aumento de poder y la disminución de la legitimidad. Por el otro, la separación misma entre poder y autoridad.

Cito:

(...) una pérdida de legitimidad y de influencia cuando jamás los aparatos escolares, sanitarios y del trabajo social tuvieron tanto poder, tanto predicamento sobre la vida social y sobre el destino de cada cual. Pero todo sucede como si lo que ellos ganan en poderío se perdiera en legitimidad y en reconocimiento (...) El docente y el médico deben construir su propia influencia a partir de sus recursos y de su destreza para ejercer dentro del juego de las organizaciones cada vez más complejas; esa autoridad ya no les está garantizada como un componente del estatuto y de su vocación" (68 y 80).

Usa nuevamente la palabra transformación, esta vez, para describir lo que sucede con la profesión docente. Resume el asunto de la siguiente manera: lo que queda de esa leyenda (la que cuenta una historia épica de del prestigio del maestro) es la nostalgia de los actores, llamativamente, no escolares. ¿Las causas? La omnipresencia del niño (a veces desplazando al alumno) en las escuelas, la omnipotencia de los padres que profanan el templo cada vez que se lo proponen, y la escuela misma, que ya no puede mirarse el ombligo pues convive con colegios y otras instituciones similares. Como dijimos, la escuela ideal es una leyenda inventada por los **no** docentes. Los no docentes no son los porteros sino el resto de la sociedad. Incluso los que no vivieron esa experiencia épica magisterial, la describen con gloria. Para Dubet los docentes de la República se transformaron en clones pero autónomos. Rendían examen pero de moral. La virtud era **el** rasgo necesario. Virtud + compromiso: vocación. Es decir, dictar clase, ser humanitario y disponer de una dosis de afecto considerable. ¿El niño? Una cera maleable y salvaje, es decir, alguien que no está aún hecho y con el que se puede hacer algo. No sé si se entiende. Dubet dice algo notable que explica en nota a pie, al ironizar sobre los innovadores: los psicopedagogos, y otros bípedos del tipo, creen que el niño existe antes de la educación. Error.

d- Su majestad escolar, el niño

Dubet afirma que la causa primordial de la transformación en el oficio del maestro que tuvo lugar en un lapso de apenas cincuenta años, es la entrada de la infancia en la escuela. El alumno de la escuela republicana, paradójicamente, protegía al niño de los abusos de los adultos enseñantes. Si el niño aparece, lo hace con Binet y sus herederos, es decir, aparece como anormal y difícil, y su aparición contribuye ampliamente a la invención de la psicología escolar. La omnipresencia de la infancia en la escuela, cambia el tablero. Dubet dice que ese es el triunfo de los pedagogos y sus socios expertos en infancias, psicologías, pedagogías y didácticas. Pero el alumno empujado por el niño, no muere. Por el contrario, divide las aguas profesionales por un lapso de tiempo. Los maestros viejos usan vocabulario básico: *leer, escribir, hacer cuentas*. ¿Los nuevos? *Transmitir el gusto por el saber y centrarse en la "actividad" del alumno y en su creatividad*.

Esa oposición ya no tiene lugar en el interior de la corporación enseñante. Dubet escribe y describe el epitafio de la "lección". Ofrece unos datos que corroboran el sacudón y que resumo por si algún vago no quiere leer el libro de Dubet, y de paso lo escribo para usos futuros. El 70% de los maestros jóvenes dice que eligió el oficio por la posibilidad de trabajar con niños, el 49% da prioridad al desarrollo pleno de los niños, contra el 19% y el 6% que prefieren la transmisión de conocimientos y el gusto por el esfuerzo. Un 8% privilegia la formación del espíritu crítico y apenas el 16% de los jóvenes docentes otorga una prioridad absoluta al leer, escribir y hacer cuentas (pág 109).

Para Dubet el cambio no significa tragedia ni es justo responsabilizar a los pedagogos triunfantes. Afirma estar cansado de los "líbelos" que anuncian

una catástrofe civilizatoria como consecuencia de la entrada del niño en las escuelas. Más bien, destaca que los maestros con los que realizó la investigación son más prudentes y más plásticos, es decir, combinan diversas opciones, y no son tontos: saben que los resultados de la enseñanza no se desprenden directamente de la técnica escogida. Y saben algo mucho más importante, saben que la invasión de la infancia *no afecta el núcleo íntimo del oficio: "dictar clase"*. ¿Será así?

e- Las trabas psicológicas

Dubet señala otra emergencia, la de actividades llamadas "del despertar". Un niño es alguien que debe pasar a la acción, un niño es alguien que debe ser movilizado. Para eso hay que ser un poco inventor. Inventor de estrategias, formas de llegar....porque cada niño es además un mundo aparte, "un sujeto, un individuo ya configurado, propietario de una personalidad, de una historia, a veces dolorosa..." ¿y la lección? La famosa lección, al desván de las antigüedades. Se ha vuelto vergonzante. Dubet conjetura una inversión: la pedagogía tradicional tampoco muere, sirve ahora para los retrasados que precisan más orden y control.

A los alumnos "no le entra" o "les falta un tornillo". Les falta inteligencia o son un poco vagos ¿El remedio? La lección y la norma. Los niños, por el contrario, tienen "trabas psicológicas". La dificultad del niño no es la del alumno. Los niños tienen dificultades psicológicas, o de la familia. Dubet dice algo genial: "cuando no se imputa a la familia, el fracaso es atribuido al medio social; y las ciencias humanas y sociales alimentan incesantemente esas explicaciones". Ya no se defiende la eficacia del santuario rezando. Ya no se defiende al maestro enseñando. Las justificaciones de la derrota las proporciona la psicología. Un rasgo fundamental de esta maniobra consiste en liberarse de la responsabilidad por el funcionamiento defectuoso del oficio.

Si el fracaso es relacional la distancia entre maestro y niño se vuelve difusa. Cuanto más se los ama, mayores son los miedos y los peligros. Esto vuelve un poco locos a los docentes que de ahora en más están obligados a aprender el arte de encontrar la distancia óptima. Ni muy cerca ni muy lejos, se desplazan entre la "excesiva cercanía o indiferencia".

f- El padre entra al santuario

Los padres escolares ya no son lo que eran. Piden más de lo que dan. La sociedad toda pide cosas que no siempre se llevan bien, por ejemplo, éxito y realización autónoma de uno mismo. Es en ese imperativo donde es preciso localizar la idea de fracaso. El oficio se vuelve más difícil.

Dubet dice que podría escribirse un capítulo completo sobre las recriminaciones que los maestros hacen a los padres, ya sea porque no hacen lo suficiente o porque hacen más de la cuenta. Algunas escuelas y algunos progenitores, los más "chics", patriarcas de futuros mandamases, presionan para que sus hijos se transformen en "atletas de la escolaridad". Esa añeja relación padre-escuela se ha vuelto compleja. *"Los que rechazan cualquier autoridad son los padres: también los que no quieren deberes, los que*

intervienen demasiado en la vida de los alumnos, los que quieren entrar al aula, los que dicen que al maestro “no lo toque” y que, por su parte, se meten en lo que no les concierne” (119). Los padres pobres tienen poco o nulo contacto con los maestros. Se los comprende pero también se los responsabiliza.

Más aún, como dicen las maestras entrevistadas, al intentar pensar la responsabilidad parental: *“Uno no puede decir: Ya vieron los desastres que ustedes hicieron”* o *“No puedo decirles: no lo jodan. Les digo: hagan que se sienta bien”*. Dice Dubet que los maestros, a la hora de comunicar a los padres las dificultades de sus hijos, se comparan con el médico que tiene que anunciar a la familia del enfermo el carácter terminal de su enfermedad.

Los maestros se defienden. Nuevamente Dubet ofrece información punzante: el 90% de una población de 96 maestros entrevistados afirma que la principal causa del fracaso escolar es la familia, el 22% al sistema educativo, el 12% a las facultades de los alumnos y un 6% al trabajo de los maestros. Claro, nadie quiere escupir para arriba aun cuando todo maestro sabe que la responsabilidad, la sensación de que uno tiene que ver con el fracaso, no cesa de aumentar.

g- Enseñanza y oficio

Los maestros resumen los fines de su trabajo del siguiente modo: socializar mediante la interiorización de la disciplina escolar, enseñar saberes y conocimientos, y subjetivar. Por lo tanto, ser docente ya no consiste en cumplir un rol establecido o seguir una vocación. Por el contrario, hay que construir una actividad profesional que integre eso tres fines. Disciplinar, enseñar y comprender, formar o desarrollar psicológicamente al niño.

Como vimos, para Dubet el núcleo duro del oficio es “dar clase”: *“La clase, el aula, en el sentido más material del término, es un escenario sobre el cual el maestro hace teatro, desempeña a la vez que inventa su papel de maestro”* (145). Dictar clase no es dar lección. Se trata de algo mucho más complejo. A pesar de sonar familiar hay algo notable en lo que afirma: *“para el maestro la clase es la materialización de su personalidad, de su carácter; desde ese punto de vista es una prolongación de sí mismo. Por tal motivo, puede considerársela un espacio privado. Uno no deja entrar a cualquiera a “su” clase, pues en su propia materialidad se proyecta y se objetiva el trabajo del profesor”* (121).

La clase protege, da sentido a la tarea, es refugio y constatación de que lo que uno quiere hacer. Es en la clase donde la tríada que mencionamos toma forma. *“El verdadero shock del oficio es aprender a llevar adelante la clase de uno, a hacer que los niños ocupen su lugar, a lograr silencio”* (123). Si no hay clases no hay alumnos y no hay oficio. Constituido ese espacio tan particular que llamamos “la clase”, luego, viene la instrucción. Primero obediencia, luego actividad. Porque la instrucción requiere participación del otro antes que acatamiento pasivo. Dubet dice que una vez que la clase se pone en marcha, los maestros son pragmáticos y no siguen doctrinas sino que cada uno prepara su propio y ecléctico menú. La oposición maestro tradicional vs. innovador sólo sucede en las mentes de los pedagogos. Por el contrario, proliferan los trucos y atajos para resolver problemas. Ningún menoscabo

para el que decide probar otra táctica, otra forma de llegar. Si existe una diferencia (sorda, dice Dubet) es entre los amantes de la psicología de la personalidad y los que siguen las instrucciones de la ciencia cognitiva. ¿Hay lugar para todos en el reino docente?

En todos los casos, no es suficiente con poner la clase en marcha y repartir saberes y conocimientos: es preciso formar, desarrollar, propiciar...Son innumerables las cosas por hacer, entre las que se destaca el espíritu crítico y la autonomía, es decir la pretensión de fabricar sujetos de tal o cual tipo. Eso es subjetivar. Llegados a este punto prima lo relacional y lo afectivo con sus virtudes y defectos, pero, fundamentalmente, con el peso y la dificultad que suscita tener que *“desarrollar la personalidad de los niños”*. No es el desempeño lo que cuenta sino el niño.

Dubet concluye afirmando que los maestros no experimentan su trabajo como una tragedia. Coexiste la gratificación con la decepción. El asunto más importante es que los maestros sienten que tiene control sobre su propio trabajo. Es decir, *“saben qué producen, ven cómo se transforman los alumnos, miden sus progresos y, en ese sentido, piensan que saben lo que hacen”* (...) No tienen la *“sensación de chocar contra una crisis de su oficio, porque reconocen su trabajo como su propia obra. Al igual que los artesanos, saben inmediatamente qué producen (...) Como cada profesor es el único propietario de su clase, se encuentra en la situación de un artesano conciente de qué hace y conciente de que se le juzga a partir de ese producto* (131 y 145)”.

Si bien el oficio no se ha desintegrado ya no tiene guión preestablecido. Su rasgo más notable es ser heteróclito. Sin embargo, no todo lo que es oficio es oro. En el centro de la cuestión está el problema de la contribución activa que tiene la escuela en la exacerbación de la desigualdad. Muchos ya no creen en la movilidad social; sin embargo, están obligados a creer y obligados a amar a todos por igual. El sentimiento de agobio se arma conjugando *“la exposición personal, la obligación de creer y la distancia entre los objetivos fijados y los hechos...”* (133). Uno de los pocos recursos disponibles es decirle a los padres: *“Vean, yo hice mi trabajo”*. Otro tanto ocurre con el agotamiento (Dubet lo describe como *pequeñas fatigas*). El desgaste muchas veces lo produce la falta de reconocimiento. La sensación es la de envejecer. No es la corporación la que define la identidad del oficio docente sino el trabajo mismo. La clase refleja lo que un docente es o deja de ser. *“Uno recibe a niños muy pequeños que nos saben leer, que conocen unas pocas letras y después los deja cuando y saben un montón de cosas. Es mágico, es muy ostensible”* (143).